



## Sin voz

Without voice

**Carlos Félix Jiménez Lacima**

Presidente de la Asociación Mente Sana de la Costa Granadina, AMENSA.  
Contacto: Carlos Félix Jiménez Lacima, carlosjlacima@hotmail.com  
Fecha de recepción: 28 de diciembre de 2020 / Fecha de aceptación: 15 de enero de 2021

Escribir puede ser más sencillo que hablar, al menos para el que primero pierde el rumbo y, más tarde, la voz. Tienes que aprender de nuevo el alfabeto, y palabras como estigma, o locuciones como enfermedad mental, pasan a formar parte de tu vocabulario de forma ilegal, sin que tú lo hayas decidido. El mismo Clint Eastwood, en una película como *El sargento de hierro*, ya calificaría el hecho con alguna ingeniosa malsonancia que prefiero no invocar, pero que vendría al pelo, sin duda.

Tiempo atrás, pensaba que tenía talento para escribir, pero, en realidad, no llegué a intentar crear. Tal vez, solo en una ocasión, con la excusa de un certamen. El resultado fue pésimo. Por aquel entonces, escribía más bien poco y hablaba en exceso. Fue tras la caída cuando, debido al impacto, y con el tiempo, decidí que necesitaba dar forma a aquello que había en mi interior. Y, de igual modo, demostrarme que podía hacer mis pinitos en algo que, por otro lado, adoraba. Sin embargo, fantasía aparte, la escritura me ayudó a mostrar un prisma diferente que pusiera tierra de por medio con la enfermedad y con las diferentes creencias que pudiera haber sobre mí.

Hallar la voz en un escrito es tarea ardua. Pero todo resulta mera creación en él. Ahora bien, cómo llevar a cabo el mismo cometido en la vida real, cuando tú eres el protagonista, después de haber borrado –de forma deliberada o no– casi todos tus recuerdos, y prescindiendo, prácticamente, de todo lo contenido en tu memoria... Se trata de empezar de cero, y sin la fiabilidad que le suponías a la maquinaria: “El bólido ha fallado, tal vez por ir a excesiva velocidad. Cambiemos de vehículo. Aunque ahora vayamos más despacio”.

En parte, renuncias a tu yo original. Habiendo regresado de las cenizas cual ave fénix, sí. Y resulta un problema porque la voz puede tardar años en regresar. Hablo de saber qué decir o cómo actuar en cada momento en base a un ser que abomina volver a sentir

lo mismo que cuando la crisis original. Entonces, la escritura puede ser una salida, un modo de reconstruir todo aquello que fue pasto de las llamas. Voz literaria que, a mi modo de ver, debe ir en consonancia con lo que tú vas siendo realmente, porque de ser pretencioso la distorsión sería algo advertido por el lector o por el espectador, según el canal o el contexto.

A medida que avanzas –que haces el camino a través de la vida– la voz literaria va viéndose reforzada hasta permitirse más licencias. Del mismo modo, la voz real se retroalimenta de aquella con el beneficio que se le supone. Al principio, tartamudeaba –alguien me lo hizo saber– y la duda, el hecho de vacilar, me impedía pronunciar palabra alguna. En la actualidad, he llegado a lograr defenderme en un entorno donde, aunque la mirada lo dice todo, y se trata de una asignatura pendiente, la voz es primordial.

En definitiva, quiero creer en el uso terapéutico de la escritura, quiero pensar que implica recuperación. También, confiar en el hecho de dar difusión a lo escrito, porque el acto de desnudarse no debe causar reparo sino, más bien, un placer indescriptible que haga útil la exhibición como herramienta para hacer visible lo invisible, para dar voz a los que se quedan sin voz.